

# Editorial

Desde muy pequeños aprendemos en la escuela que la tierra está cubierta por una envoltura de aire llamada atmósfera, a cuyas fluctuaciones van ligados los caracteres de tiempo y clima. Pero la verdad es siempre más complicada y los estudios de la atmósfera han dado lugar a una ciencia apasionante: la Meteorología, cuyos profesionales, aceptando el reto de la Naturaleza, investigan y analizan sus complicados procesos.

Y viene esto a letras de molde, porque nos agrada comprobar y comentar que nuestra ciencia está de moda.

En el plano de la divulgación, los comentarios del tiempo acaparan a escala nacional un lugar preferente en las páginas de los periódicos, en los programas de radio y en los horarios clave de la televisión.

En el plano profesional, las últimas oposiciones convocadas para cubrir vacantes en los cuerpos especiales de meteorólogos y de ayudantes, han dado mayor número de solicitudes que nunca. Como novedad existía también la posibilidad de ingreso de aspirantes femeninos, cosa que no ocurría en el S. M. N. desde el año 1935.

Con una nación en pleno desarrollo, el prestigio de la Meteorología está también en creciente auge: cada vez es más solicitada por agricultura, aviación, comercio, hidrología, marina, turismo, pesca, obras públicas, transportes...

Esta sensible y creciente demanda de necesidades para cuestiones de tiempo y clima debiera repercutir también en los programas y directrices de la AME, encauzando y alentando tan propicia coyuntura para divulgar la meteorología. Ciertamente es que hay sectores de nuestro círculo de actuación para los cuales su hora todavía no ha sonado, aunque creemos no tardará. Nos referimos—está en la mente de todos—a nuestros informadores, cuyas aspiraciones profesionales deseáramos quedaran recogidas en el futuro reglamento del Servicio, por cuya actualización todos suspiramos.